

Fred Vargas

Fluye el Sena

Tres casos del comisario Adamsberg

Traducción del francés de
Anne-Hélène Suárez Girard

 **Siruela**

Biblioteca Fred Vargas

Índice

Fluye el Sena

Salud y libertad	11
La noche de los brutos	77
Cinco francos unidad	109

Fluye el Sena

Salud y libertad*

Apostado en un banco público, frente a la comisaría del distrito 5 de París, el viejo Vasco iba escupiendo huesos de aceituna. Cinco puntos si tocaba el pie de la farola. Esperaba la aparición de un policía alto, rubio, de cuerpo lacio, que salía cada mañana hacia las nueve y media y dejaba con semblante triste una moneda en un banco. En ese momento, el viejo, sastre de profesión, estaba realmente pelado. Tal como exponía a quien quisiera prestarle oído, el siglo había doblado las campanas por los virtuosos de la aguja. El «traje a medida» agonizaba.

El hueso pasó a dos centímetros del pie metálico. Vasco suspiró y echó unos tragos

* «Salud y libertad» fue publicado en el diario *Le Monde* (1997).

de cerveza a morro de una litrona. El mes de julio era caluroso y, a las nueve, ya hacía sed; eso por no mencionar las olivas.

El viejo Vasco llevaba más de tres semanas instalado en el banco, mañana tras mañana, salvo los domingos; había acabado reconociendo varios rostros de la comisaría. Era una buena distracción, mucho mejor de lo previsto, y era increíble lo que se movía esa gente. ¿Para qué?, ya me contarás. El caso es que se agitaban desde la mañana a la noche, cada cual a su manera. Exceptuando al bajito y moreno, el comisario, que se desplazaba siempre muy despacio, como si anduviera bajo el agua. Salía varias veces al día para caminar. El viejo Vasco le decía unas palabras y lo miraba alejarse por la calle, llevado por un ligero tambaleo, con las manos en los bolsillos de un pantalón arrugado. Ese tipo no se planchaba la ropa.

El policía rubio y desgarrado bajó los escalones de la entrada hacia las diez, presionándose la frente con un dedo. Esa mañana llevaba retraso, ya fuera que le doliera la cabeza o que a la comisaría le hubiera caído encima un caso de los gordos. Eran cosas que pasaban, al fin y al cabo, con tanto ajetreo. Vasco lo llamó haciéndole grandes señas, enseñándole el ci-

garrillo apagado. Pero el teniente Adrien Danglard no parecía tener prisa por cruzar a darle fuego. Miraba fijamente, junto a un banco, un gran perchero de madera del que pendía una chaqueta mugrienta.

—¿Eso es lo que te molesta, hermano? —preguntó el viejo Vasco señalando el perchero.

—¿Qué es esa mierda que has instalado en la calle? —gritó Danglard mientras cruzaba.

—Para tu información, esta mierda se llama galán de noche y sirve para colgar el traje sin que se arrugue. ¿Qué te enseñan en la policía? ¿Ves? Pones el pantalón en esta barra y aquí colocas delicadamente la chaqueta.

—¿Y tienes intención de dejar eso en la acera?

—No señor. Lo encontré ayer en la basura de la calle Grande-Chaumière. Me lo llevaré a casa luego, y lo volveré a traer mañana. Y así cada día.

—¿Y así cada día? —exclamó Danglard—. Pero ¿para qué demonios?

—Para colgar mi traje. Para conversar.

—¿Y tienes que colgarlo en plena calle?

Danglard echó una mirada a la chaqueta raída del anciano.

—¿Qué pasa? —dijo el viejo—. Estoy pasando una mala racha. Esta chaqueta viene de uno

de los mejores fabricantes de Londres. ¿Quieres ver la etiqueta?

–Ya me la has enseñado, tu etiqueta.

–Uno de los mejores fabricantes, te digo. Con un buen retal, ya verás el forro que le voy a hacer. Me suplicarás que te lo dé, mi traje inglés. Porque a ti, se te nota que te gusta la ropa. Tienes buen gusto.

–No puedes dejar ese trasto aquí. Está prohibido.

–No molesta a nadie. No empieces a hacerte el madero, que no me gusta que me repriman.

Al teniente, por su parte, no le gustaba que se metieran con él. Y le dolía la cabeza.

–Vas a tirar el galán de noche –dijo con firmeza.

–No. Es mi bien. Es mi dignidad. No se puede quitar eso a un hombre.

–¡Que te den por saco! –dijo Danglard dándole la espalda.

El viejo se rascó la cabeza mientras lo miraba alejarse. Esa mañana no habría moneda. ¿Tirar su galán de noche? ¿Un hallazgo así? Ni hablar. Mantenía bien recta su chaqueta. Y sobre todo le hacía compañía. Es verdad, él se aburría a morir, todos los días en ese banco. El policía no parecía comprender esas cosas.